

Presentación

.....
Presentation

Daniel TURBÓN

En 2009 se cumplen el bicentenario del nacimiento de Charles R. Darwin y el 150 aniversario de la publicación de su libro más conocido *El origen de las especies*. Esta obra es un trabajo fundamental de la historia de la ciencia y de la biología; es la culminación de un proceso de desarrollo teórico de geólogos y naturalistas anteriores. En él, expuso por primera vez sus ideas sobre la selección natural y la teoría de la evolución. Los 1.250 ejemplares impresos se agotaron el primer día. La sociedad inglesa se conmovió por lo que suponía de oposición al creacionismo estático de la época. Darwin aportaba gran cantidad de pruebas sobre la existencia de leyes naturales en el proceso de evolución biológica, dando un golpe decisivo a los partidarios de la interpretación literalista del relato bíblico. A Darwin le llovieron las críticas por haber reducido al ser humano a la mera animalidad, por haberle relegado –tras una irreparable negación del alma humana–, al nivel de tantos otros millones de especies, por considerarlo resultado de procesos materiales basados en la competición y en la lucha por la existencia.

La influencia decisiva que *El origen de las especies* tuvo sobre las ciencias de la vida y de la tierra, y sobre el pensamiento moderno en general, se debió también al uso de ciertas ideas y del lenguaje de sociólogos y politólogos de la época, como Malthus y Spencer. No hay duda de que conceptos como *competencia*, *lucha por la vida* y *superpoblación*, que aparecen en la obra de Malthus, sirvieron tanto a C.R. Darwin como a A.R. Wallace, el codescubridor de la selección natural, para dar forma a sus ideas.

Pronto la teoría de la evolución por selección natural llegó a transformarse en una concepción simplista y errónea de las relaciones humanas, justificando las desigualdades sociales y el liberalismo como si fueran leyes de la naturaleza. El auge del racismo durante el siglo XIX no se comprende sino en el contexto socio-histórico de aquel tiempo: una combinación del colonialismo y el desarrollo de la ciencia y de la industria, el crecimiento de las ciudades, la migración y mezcla de poblaciones, el individualismo y la expansión de los nacionalismos. Muchas de las teorías desarrolladas en este período, continúan vigentes en la actualidad.

Llama la atención que buena parte de la influencia atribuida a Darwin tuviera poco que ver con él o con su obra, incluso en lo relativo a lo social. El propio Darwin jamás consideró como propio el llamado *darwinismo social*. Basta leer sus escritos de total rechazo al esclavismo, del que fuera testigo en Sudamérica durante su célebre viaje.

Por otra parte Darwin no se oponía a la acción de Dios en el mundo. De hecho cita reiteradamente al Creador en la última edición de *El origen de las especies*, y las «leyes impresas por el Creador en la materia». Pero no lo entendieron así las personas interesadas

en describir un mundo sin Dios. Para estas, la evolución significa una evolución natural, porque insisten en que la ciencia debe asumir que el cosmos es un sistema cerrado de causas y efectos materiales que nunca pueden estar influidos por nada fuera de la naturaleza material. En el principio, una explosión de materia creó el cosmos y, sin ser dirigida, la evolución natural produjo todo lo demás. Desde este punto de vista filosófico se sigue por deducción que, desde el principio, ningún ser inteligente guió la evolución. Si la inteligencia existe hoy, sería sólo por su propio devenir a lo largo de procesos materiales sin propósito. En otras palabras, el término *Dios* debería sustituirse por el de *selección natural*, atribuyendo a esta –en tan tremendo dislate– el concepto de «esencia», cuando simplemente es un «efecto» de la presión ambiental sobre los organismos. ¡Como si la selección natural fuera algo que vive por sí mismo o que tuviera capacidad de actuar por sí mismo!

Algunos científicos cristianos intentaron mantener o conciliar, según los casos, las nuevas e influyentes ideas con el Génesis. De hecho una larga tradición de ministros anglicanos aceptaba una creación formada en un largo periodo de tiempo, tradición en que el mismo Darwin había dado sus primeros pasos como naturalista. Pero, finalmente, esos ministros no tuvieron éxito por razones diversas y complejas. Un siglo y medio después, urge la necesidad de construir, o reconducir, esta nueva cultura biológica que, completando las aportaciones de otros saberes, enseñe al hombre a usar de la Naturaleza y de su propia naturaleza por su bien individual y social. La ciencia y la tecnología son magníficos instrumentos, pero son sólo eso; no seres pensantes. Juan Pablo II se refirió varias veces al peligro de que, atraídos por los formidables progresos de la ciencia experimental, siempre valiosa e irrenunciable, los seres humanos lleguen a olvidarse de sí mismos y de su condición de criaturas, llamadas a ejercer una trascendencia de amor, hacia Dios, hacia el prójimo y hacia el mundo, precisamente porque están destinados a transformarlo y hacerlo crecer.

Porque hoy se contraponen «conocimiento científico» a «trascendencia», la relación con Dios se ha desterrado de universidades y otros centros de enseñanza. Los valores sociales se han dejado al libre arbitrio y es preciso dar criterio a las gentes que no han tenido acceso a la cultura para evitar usos erróneos o utilitaristas de los avances del conocimiento humano. Alejo Carpentier, en su novela *El Siglo de las Luces*, describe el impacto de las ideas de la Ilustración francesa en el Caribe, y la aplicación de conveniencia que los nuevos aires de libertad, igualdad y fraternidad habían tenido en un librepensador traficante de esclavos; el cual, gran admirador de Rousseau, había bautizado a su nave, instrumento del innoble comercio, con el progresista título de *El Contrato Social*.

El presente volumen nos ofrece valiosas y excelentes contribuciones sobre el impacto de darwinismo tanto en su época como en la actual. Vale la pena instar de nuevo al lector a conocer el influjo que tuvieron y tienen estas ideas, recordando de la mano de Miguel de Cervantes que «las personas prudentes por los hechos pasados, y por los presentes, juzgarán los que están por venir».

Daniel Turbón
Universitat de Barcelona
Facultat de Biologia
Dept. Biologia Animal
Diagonal 645
E-08028 Barcelona
<turbon@ub.edu>